

Crisis política en América Latina: **¿AGOTAMIENTO DE LOS POPULISMOS?**

Giorgio Boccardo



Fuente: www.lapatilla.com

RESUMEN:

Se propone una aproximación tentativa al fenómeno del populismo en América Latina. Para ello se revisan los principales aportes del pensamiento social latinoamericano hasta la década del sesenta. Luego, se analizan críticamente algunas aproximaciones que sostienen que la actual coyuntura latinoamericana puede ser explicada a partir del retorno y la crisis del populismo. Finalmente, se ofrecen algunos elementos interpretativos que relativizan el hecho de que la mayoría de los gobiernos de la década del noventa y de los dos mil puedan ser caracterizados mecánicamente como populistas, pero también se plantea que el término populismo ha sido utilizado por diversas orientaciones ideológicas para justificar los fracasos del neoliberalismo y de los progresismos latinoamericanos.

PALABRAS CLAVE:

- Crisis política.
- Populismo.
- Neopopulismo.
- América Latina.

América Latina atraviesa por una crisis política de proporciones. Tras la bonanza que generó el alto precio de las materias primas y la inversión extranjera en la década pasada, el crecimiento económico se estancó y la reducción de los recursos públicos ha limitado el alcance de las políticas sociales que permitieron reducir la pobreza y la desigualdad social en el continente. Este panorama se ha complejizado en la medida que el heterogéneo grupo de gobiernos “progresistas” ha presentado dificultades para mantener cohesionadas las alianzas sociales que los proyectaron al poder en la década pasada.

En adelante, se han acrecentado los enfrentamientos entre distintas fuerzas sociales en cada uno de los países de la región. Efectivamente, en Venezuela la continuidad del chavismo se encuentra gravemente amenazada por el colapso total del sistema político; en Bolivia, el MAS ha debido enfrentar derrotas electorales y el ascenso de una heterogénea oposición; en Brasil se ha producido un “golpe blanco” que expulsó al PT del gobierno y que tiene paralizada la institucionalidad; en Argentina, el kirchnerismo fue derrotado en las urnas por la derecha; en Ecuador, el gobierno de Correa ha debido incrementar la censura a medios opositores; mientras que en Chile, se amplía la protesta social pero aún no madura una alternativa política.

Frente a este crítico escenario comienzan a formularse diversas interpretaciones que tienen como denominador común una crítica radical al “carácter populista” de estas experiencias. La ortodoxia monetarista ha caracterizado las políticas económicas y redistributivas de estos gobiernos como irresponsables. El liberalismo político le enrostra su incapacidad para garantizar las libertades democráticas de los ciudadanos. El pensamiento socialdemócrata los ataca por su desprecio al sistema de partidos, en tanto se autoerige como la única alternativa viable de progresismo. De lo que se trata, es de explicar la crisis de los “populismos latinoamericanos” tras su retorno al poder a comienzos del siglo XX, con el objetivo de alertar sobre los “peligros” de que vuelva a reconfigurarse o, peor aún, evitar que se expanda en países que han sido ajenos a esta tradición. En tanto, la izquierda se divide entre quienes reclaman que tales experiencias son las únicas vías para llegar al socialismo en el siglo XXI y que, por ende, es un error señalarlas como populistas; y quienes señalan que aquellas son meros populismos, lo que significa que, de momento, no existen procesos socialistas en América Latina.

Ahora bien, en ninguna de estas interpretaciones se explica de modo claro ¿de qué se habla cuando se utiliza el término populismo? ¿Se caracteriza un discurso o una forma en que un caudillo ejerce el poder sobre el pueblo? ¿Se trata de gobiernos que prescinden de un sistema de partidos? ¿Es un conjunto de políticas sociales que benefician a vastos sectores populares no organizados? ¿Es una determinada política de desarrollo nacional e integración popular clientelar?

Algunas de estas interrogantes fueron abordadas sistemáticamente por el pensamiento social latinoamericano del siglo XX. No obstante, las formulaciones en boga las ignoran de manera interesada, con el propósito de afirmar ideologismos que poco arraigo tienen en la tradición política latinoamericana. Más aún, se sostiene que la ambigüedad con que se utiliza el término desde esas tradiciones del pensamiento obnubila una comprensión del proceso social y político en curso. Lo que, en definitiva, dificulta extraer lecciones de estas experiencias, que nutran un quehacer para el desarrollo de prácticas emancipadoras.

El propósito de este trabajo es proponer una aproximación tentativa al fenómeno del populismo, a partir de una revisión de sus principales conceptualizaciones. Para ello se revisa de modo sintético la reflexión que el pensamiento social latinoamericano propone hasta la década del sesenta. Posteriormente, se discuten algunas aproximaciones al fenómeno del populismo y del neopopulismo, que intenta caracterizar, primero, ciertas formaciones sociales latinoamericanas que se constituyen en los años noventa y, segundo, para dar cuenta de la mayoría de los gobiernos “progresistas” que ascienden al poder en la primera década

de los dos mil. Finalmente, se ofrecen algunos elementos interpretativos para comprender la actual coyuntura política que enfrenta la región.

I. EL POPULISMO EN AMÉRICA LATINA: UN CONCEPTO EQUÍVOCO

El populismo como proceso social y político ha sido ampliamente discutido por el pensamiento latinoamericano, aunque no exista acuerdo alguno respecto a su definición. La ambivalencia del término se expresa, por ejemplo, en el gran número de situaciones nacionales que se designan como populistas; pero, también, en que el concepto permite caracterizar tipos de Estado, modelos de acumulación, liderazgos y discursos políticos, ideologías o sujetos populares. Sin embargo, el dilema es que la noción de populismo alcanza tal nivel de especificidad que no logra “desapegarse” teóricamente del caso nacional observado, o bien resulta tan general que pierde capacidad de diferenciar teóricamente situaciones histórico-concretas. Pese a esta dificultad, hasta los años sesenta existen dos grandes perspectivas de análisis que no necesariamente son excluyentes ni coinciden en la generalidad de la definición.

La primera, utiliza el concepto de populismo para dar cuenta de estrategias de movilización y de dominación político-ideológica de las masas y el modo en que éstas se constituyen. Para los teóricos de la modernización, el problema radica en distinguir “las fallas” o las limitantes estructurales del proceso de configuración de sujetos capaces de impulsar y sostener cambios que permitan desencadenar un pronto arribo a la “sociedad moderna” (léase, industrial) y despercudirse del lastre colonial¹. En cambio, para los enfoques marxistas, el populismo es comprendido como un modo de dominio que impide la constitución de un sujeto “adecuado” (léase, obrero) para encabezar la transformación del orden social capitalista². No obstante, pese a las diferencias existentes, ambas aproximaciones consideran como negativo el fenómeno del populismo, ya que expresaría una suerte de “subdesarrollo ideológico” de las fuerzas sociales en América Latina, que debe ser reemplazado por la dirección autoritaria de un caudillo populista³.

La movilización de masas “desde arriba” es entendida como manipulación y demagogia, pero también como promesa de integración subordinada, tal como ocurre en la Argentina de Perón o en el Brasil de Vargas. Además, tales masas participan políticamente sólo por medio de su vinculación directa con el líder, es decir, sin la intervención de organizaciones autónomas de clase y sin contar con las herramientas de la política liberal. En ese sentido, el populismo requeriría no sólo movilizar e integrar “desde arriba” a las fuerzas populares, sino organizarlas para así evitar que lo hagan con autonomía del modo de dominio vigente. Luego, el populismo es también un proceso mediante el cual se constituyen sujetos populares, pero sin la existencia de una organización, un partido y una ideología propia⁴.

Para esta perspectiva, los sectores populares que forman la base de los populismos son principalmente migrantes del campo, de mentalidad tradicional, que devienen en obreros o bien son grupos marginales de la ciudad. De ese modo, la participación popular no tiene carácter propiamente “clasista”, sino más bien de “masa”. Es decir, no existe en el populismo una clase obrera autónoma, ya que el liderazgo proviene de grupos sociales ajenos a ella. Además, la propia debilidad de las clases subalternas (en un sentido, orgánico) permite que el

1 Germani, G. (1978). *Authoritarianism, Fascism and national Populism*. Nueva Jersey: Transaction Books; Di Tella, T. (1965). Populismo y reforma en América Latina. *Desarrollo Económico*, 4(16); Stein, S. (1987). Populism and Social Control. En Archenti, E; Camak, P. y Robert, B. (Eds.). *Sociology of Developing Societies*. London: Macmillan, pp. 123-135.

2 Carmagnani, M. (1980). *Estado y sociedad en América Latina, 1850-1930*. Barcelona: Grijalbo-Crítica; Cueva, A. (1973). *El proceso de dominación política en el Ecuador*. Quito: Ediciones Sol y Tierra.

3 Por ejemplo, en países como México, el liderazgo inicial de los caudillos militares de la Revolución Mexicana es desplazado por el liderazgo y dominio del Partido Revolucionario Institucional (PRI) que se “funde” con el Estado.

4 Viguera, A. (julio-septiembre, 1993). Populismo y neopopulismo en América Latina”. *Revista Mexicana de Sociología*, 55(3), pp. 49-66.

caudillo populista pueda invocar “al pueblo” como si fuese socialmente un todo homogéneo.

En esta comprensión de populismo parece más relevante el “estilo político” que la existencia de un proyecto de desarrollo específico. A lo sumo, políticas económicas y sociales “distributivas” en términos de demagogia y patronazgo estatal, destinadas a lograr apoyo político clientelar. De tal suerte, el “estilo populista”, pese a que el periodo estudiado coincida con aquél en que se impulsa una política de industrialización nacional de sustitución de importaciones, podría encabezar, eventualmente, distintos proyectos de desarrollo. En definitiva, el populismo, entendido desde esta mirada, se conceptualiza como un modo específico de “apelación ideológica al pueblo” considerado como un todo homogéneo, pero que, de todos modos, intenta dialogar con las transformaciones en la estructura y los procesos sociales en relación a los sujetos que en esa tensión se constituyen.

Dentro de los marcos de esta perspectiva, destaca la reelaboración teórica del concepto realizada por Laclau⁵, quien entiende el populismo como una estrategia de constitución político-ideológica que permite la construcción de hegemonía, tanto de sectores dominantes como de aquellos subalternos. Justamente, define populismo como la presentación de interpelaciones popular-democráticas, esto es, como un conjunto antagónico respecto de la ideología dominante. Se trataría de un modo de “hablarle al pueblo” en nombre de sus contradicciones (no necesariamente, “de clase”) con la dominación existente. Desde esta perspectiva, el populismo no se define por sus bases sociales, ni por un tipo de régimen, ni como “superestructura” de ningún proceso social y económico específico: es una dimensión ideológica que puede observarse en procesos históricos tan disímiles como el fascismo, el nazismo, el peronismo y los procesos de revolución socialista.

Laclau se distancia de sus predecesores en dos elementos fundamentales: primero, en que supone que el populismo es una racionalidad política y no una “falla” producto de un déficit de modernización, por lo que se desprende de toda valoración negativa que se le imprimió al concepto; y, segundo, que el populismo no sería un rasgo propio de la especificidad latinoamericana, sino más bien, la vía por excelencia de constitución política del pueblo⁶.

De esta primera perspectiva analizada se pueden extraer algunas reflexiones preliminares.

Primero, entender el populismo como una estrategia de dominación producto de un déficit de constitución de sujetos “modernos” (sea para impulsar la industrialización o para superarla) puede ser una incapacidad de la propia teoría social latinoamericana para aprehender la heterogeneidad y especificidad de la realidad histórico-social regional. De hecho, otras investigaciones han mostrado la activa participación del viejo sindicalismo clasista en el surgimiento del populismo en Argentina y la han interpretado como una opción perfectamente racional⁷. Segundo, históricamente estas teorías suponen una crisis del modo de dominio oligárquico, un grupo social que apuesta a desplazar a dicha élite tradicional y una estrategia de movilización de las masas para alcanzarlo; no obstante, en ninguna de esas formulaciones se explica cómo se constituye esa elite o clase subalterna de reemplazo en un contexto de subdesarrollo. Tercero, homologar experiencias históricas tan diversas en una misma categoría teórica como lo hace Laclau, impide la comprensión de las diferencias que existen entre situaciones nacionales –es decir, se pierde una mirada que articule la relación entre estructura y proceso, es decir, perspectiva de totalidad–, a pesar de la coherencia interna que puedan tener estas definiciones generales⁸. Pero, además, crea la ficción teórica (y política) de que todo conflicto social puede devenir en antagonismo con independencia del carácter social y los grados de organicidad que estos tengan, es decir, se reduce el problema de la emergencia política de una fuerza subalterna a una mera contingencia.

5 Laclau, E. (1980). *Hacia una teoría general del populismo*. En Laclau, E. *Política e ideología en la teoría marxista*. México D.F.: Siglo XXI Editores.

6 Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

7 Murmis, M. y J. Portantiero (1969). *Estudio sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

8 *Op. Cit.*, 4.

La segunda perspectiva de análisis se forja en la década del sesenta en base a los aportes del marxismo heterodoxo, las teorías de la dependencia y los enfoques que privilegian el estudio de la constitución de sujetos desde una panorámica histórica y relacional. Éstas centran la atención en la crisis del modelo primario exportador que surge luego de la Gran Depresión de 1929 y de su contraparte política: el Estado oligárquico. Pero, luego, relacionan el modelo de desarrollo impulsado, el tipo de Estado que se configura y las fuerzas sociales y políticas que participan en tales procesos, registrando las variantes históricas que se producen en los países latinoamericanos⁹.

En esta mirada, algunas situaciones nacionales serán consideradas populistas mientras que otras serán catalogadas como frentes populares. La principal diferencia entre ambas variantes radica en el grado de organicidad y autonomía social y política que detentan las distintas fuerzas sociales y los modos de alianza que constituyen. En efecto, en estas aproximaciones el populismo es definido como una variante histórica dentro de un marco interpretativo más general sobre América Latina, en el que lo que predomina es el análisis de la política “nacional popular” y de la acción del “Estado de Compromiso” en los procesos de constitución de fuerzas sociales que pugnan por intentar determinar la orientación del modelo de desarrollo y de las políticas redistributivas. En consecuencia, el populismo debe ser entendido como una de las alternativas posibles de resolver la crisis política de dominación oligárquica (pero no la única). Además, destaca la centralidad que estas interpretaciones le otorgan a la acción estatal y a la política en general en la constitución de sujetos, como uno de los rasgos de la especificidad latinoamericana.

Para estas explicaciones, el populismo sería la expresión de los intereses de una “alianza de clases” (más o menos conflictiva e inestable) formada básicamente por una “burguesía industrial nacional”, clases medias estatales y la clase obrera organizada (siendo más central una fuerza social que otra); mientras que, el discurso populista, en tanto nacionalista, antiimperialista, antioligárquico y desarrollista, sería, a su vez, la manifestación de estos intereses sociales heterogéneos en un proyecto histórico. En ese sentido, el hecho de que un sujeto no esté del todo constituido (lo que no significa que esté subdesarrollado), no lo inhabilita para emprender acciones colectivas en pos de intereses colectivos, pero, al mismo tiempo, ese rasgo da cuenta, precisamente, de la inestabilidad que alcanza dicha alianza en términos de dominio político.

La existencia de alianzas entre diversos sujetos sociales presupone que, pese a la heterogeneidad y dificultades de constitución de éstos en tanto clases, el populismo no es una mera articulación del “pueblo” concebido como un todo homogéneo (más allá que discursivamente se le interpele como tal, que no es lo mismo). Por lo que la “unidad social” básica, desacreditada por Laclau¹⁰, es fundamental a la hora de comprender la fisonomía específica que alcanza una formación social histórico-concreta que puede ser dominada por muy diversos intereses sociales organizados. Así, develar el carácter social de tales alianzas y qué fracciones de clase predominan políticamente, esto es, precisar el mapa de correlación de fuerzas, permite avizorar las modalidades y el sentido en que se resolverán determinados conflictos en cada una de las situaciones nacionales.

En suma, esta perspectiva plantea que el populismo es una variante específica de dominio asociada a un proyecto de desarrollo nacional y popular, en que confluyen fuerzas sociales heterogéneas que, precisamente por su debilidad clasista, deben pactar para alcanzar el desarrollo industrial y la redistribución del excedente. Pero, justamente, es por esa misma

9 Cardoso, F. y Faletto, E. (1969). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México D.F.: Siglo XXI Editores; Faletto, E. (enero-febrero, 1979). La dependencia y lo nacional-popular. *Nueva Sociedad*, (40); Ianni, O. (1984). *La formación del Estado populista en América Latina*. México D.F: Editorial Era; y Touraine, A. (1989). *Política y sociedad en América Latina*. Barcelona: Espasa-Calpe.

10 *Op. Cit.* 6.

razón que se dificulta la posibilidad de que esos intereses subalternos se constituyan social y políticamente de forma autónoma. Lo anterior explica, en cierta medida, por qué bajo modalidades populistas la izquierda socialista y comunista latinoamericana tuvo tantas dificultades para constituirse como opción política de las clases subalternas, como ocurrió en los casos de Argentina o México en que la clase obrera se organizó mayoritariamente al alero del peronismo o del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

II. POPULISMO Y NEOPOPULISMO EN AMÉRICA LATINA

La crisis de lo nacional-popular y la impronta autoritaria militar que afectó a gran parte de América Latina en las décadas del sesenta y ochenta, amordazaron al pensamiento social latinoamericano y sus principales centros académicos fueron intervenidos. Durante la crisis económica de los ochenta, no sólo se produce un fuerte menoscabo de la estructura productiva nacional y en las condiciones materiales de vida de una proporción considerable de la población, sino que también se abren espacios en el campo intelectual para una profunda revisión de la experiencia nacional-popular como proyecto político y como estrategia de desarrollo.

Para los monetaristas, las políticas económicas y sociales formuladas por organismos como la Cepal y otras instituciones académicas eran las principales responsables de la debacle ocurrida una década antes¹¹. Los nuevos referentes intelectuales, principalmente de países anglosajones, desplazarán al “desarrollismo cepalino” y servirán de base para que los economistas neoliberales locales deslegitimen intelectualmente el accionar de los gobiernos nacional-populares por su manejo “irresponsable” de la economía, por sus mecanismos clientelares de distribución de la renta y por los altos niveles de corrupción presentes en las burocracias¹². Para ello, resultó conveniente englobar todas las experiencias anteriores bajo el rótulo de populismo. De lo que se trató fue de construir legitimidad social para impulsar un giro anti popular y anti nacional que, en los años noventa, cristalizará en el primer ciclo de reformas neoliberales.

En la años noventa, diversas experiencias políticas (ideológicamente ubicadas en la derecha o la izquierda) fueron nuevamente conceptualizadas como (neo) populistas. Aunque este nuevo estilo de desarrollo, diametralmente distinto a los intentos de industrialización sustitutiva nacional, impulsa planes de liberalización financiera, monetaria y comercial de sus economías; promueven políticas de privatización productiva; flexibilizan el mercado del trabajo y los sistemas de seguridad social; así como también recortan, dramáticamente, los programas de redistribución y la cobertura de los servicios sociales públicos a los sindicatos y a las asociaciones de profesionales.

A pesar de las marcadas diferencias con los regímenes anteriores, ciertos programas sociales implementados focalizadamente en grupos marginales o liderazgos presidenciales fuertes que desbordaban la institucionalidad, dieron lugar a formulaciones que los catalogaron como “neopopulistas”. En ese sentido, paradójico resultó ser el caso de Fujimori en Perú en la década del noventa que, con elevados niveles de autoritarismo político, logró implementar un programa neoliberal y políticas sociales que lograron un fervoroso apoyo popular y que, mientras funcionaron, contaron con todo el respaldo de organismos e intelectuales de orientación monetarista¹³. También comenzaron a ser analizados bajo este prisma el

11 Faletto, E. (Marzo, 2002). Enzo Faletto rompe tres décadas de silencio: Necesitamos una nueva ética del comportamiento. *Revista Rocinante, Arte, Cultura y Sociedad*, 5(41); Atria, R. y Ruiz, C. (2009). Política y transformación social en América Latina. Descentración de la acción estatal e ilusión tecnocrática. *Ponencia al XX Congreso Mundial de Ciencias Políticas*.

12 Boccardo, G. (2014). Tecnocracias en América Latina (1988-2000). ¿Hacia un nuevo modo de dominio?. En Fielbaum, A., Hamel, R. y Ferretti, P. (Eds.): *El poder de la cultura. Espacios y discursos en América Latina*. Santiago: Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.

13 Boccardo, G. (2014). *Neoliberalismo Avanzado en América Latina. Los casos de Colombia, México y Perú*. Santiago: Tesis

gobierno de Menem en Argentina, de Bucarán en Ecuador o ciertas políticas de Salinas en México. En efecto, para algunos, el populismo reaparece en la década del noventa a la par de políticas económicas ortodoxas, en una suerte de “matrimonio entre neopopulismo y neoliberalismo”, es decir, se habrían utilizado “soluciones populistas” para implementar políticas neoliberales¹⁴.

Hasta mediados de los noventa estas políticas monetaristas tuvieron un éxito importante en el control de la inflación y la devaluación de la moneda local, al punto de que esa gestión gubernamental fue respaldada mayoritariamente en las siguientes elecciones presidenciales¹⁵. Pero, a poco andar, el escenario económico internacional y los conflictos irresueltos entre las diversas fuerzas sociales del periodo anterior, dificultaron la implementación de nuevas reformas en la segunda mitad de esa década. La crecida protesta social fue reprimida por los recién ascendidos gobiernos neoliberales, y la crisis política volvió a desatarse.

Este nuevo escenario gatilló una crítica de intelectuales provenientes del campo liberal, quienes criticaban el clientelismo que se configuraba a partir de una política social específica que beneficia a un sector marginado de la sociedad (en este caso, sectores marginales), para tornarlo base social de un liderazgo personal y autoritario que se “conecta” directamente con la masa, sin requerir del sistema político institucional¹⁶. Sin embargo, estas críticas provenientes de intelectuales como Vargas Llosa o Krauze, omiten interesadamente el hecho de que las políticas monetaristas que tanto alababan, sólo pudieron implementarse en América Latina por fuerzas políticas de tradición populista, sin tener que haber fortalecido necesariamente la democracia política en el sentido que el liberalismo la entiende.

Tal coyuntura abrió cauces para que irrumpiera otra “oleada de populismos” -dirán los ideologismos en boga-, puesto que desde el ejercicio de liderazgos fuertes se repusieron políticas implementadas por los populismos “clásicos”, pero también se reconfiguraron fuerzas nacional-populares, revirtiendo así aspectos significativos del orden neoliberal. Sin embargo, en adelante, la preocupación del liberalismo dejará de ser la democracia, pasando a concentrar su interés en la política económica de los nuevos gobiernos. En adelante, el concepto de neopopulismo se utilizará indistintamente para referirse a fuerzas políticas que irrumpen en la primera década del siglo en curso, que no necesariamente coinciden en la política económica y social que implementan, o en el tipo de fracciones populares que interpelan u organizan. Bajo esas miradas, habrían sido neopopulistas los gobiernos de los Kirchner en Argentina, el de Humala en Perú, el de Correa en Ecuador, el de Chávez y Maduro en Venezuela, el de Morales en Bolivia, y el de Lula y Rousseff en Brasil.

Algunos teóricos, sin embargo, han descartado la posibilidad de llamar como populistas a las experiencias políticas de los años noventa y primeras décadas de este siglo, siendo el populismo “clásico” el único realmente existente¹⁷. Dussel advierte que la posición de Laclau trata de regresar al populismo a un escenario positivo, asignándole a lo popular la totalidad de la comunidad política, no obstante no es más que una de las partes que la componen. En efecto, señala que el término “pueblo” tiene un alcance diferente, ya que articula sectores, clases y grupos sociales en conflicto. Luego, sólo en ese tipo de configuraciones se puede pensar en situaciones populistas. En tanto, Borón va un poco más allá, al sostener que no se puede llamar populismo a lo que sucede en la región a inicio del siglo XXI en condiciones socioeconómicas diferentes. Afirma que es imposible hablar de “populismo” en otro escenario que no sea el del periodo nacional-popular, dado que esos liderazgos se construyeron sobre el nacionalismo y en condiciones socioeconómicas específicas que dieron paso al surgimiento de

para optar al grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos.

14 Dresser, D. (1991). *Neopopulist solutions to neoliberal problems*. San Diego: University of California.

15 *Op. Cit.* 13.

16 *Op. Cit.* 12.

17 Se puede revisar los trabajos de Dussel y Borón en Hoyos, G., Márquez, M. y Buelvas, E. (2000). *El eterno retorno del populismo en América Latina y el Caribe*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

la clase media y/o burguesía industrial. Borón se inclina por denominar a aquellos gobiernos progresistas que “producen transformaciones radicales” en sus procesos de desarrollo económico, político, social y cultural, como socialistas, dado que el apelativo de populismo, según este, minimiza un proceso significativo para el continente. En consecuencia, para Borón sólo los gobiernos de Chávez en Venezuela, Correa en Ecuador y Morales en Bolivia serían aquello, mientras el resto serían gobiernos reformistas pero no socialistas (en un sentido anticapitalista), aunque nunca explique cuál es efectivamente la transformación anticapitalista ni la clase social revolucionaria que lo ha llevado adelante.

Una perspectiva que complejiza las interpretaciones recientes la formula Paramio¹⁸, que distingue la existencia de un “discurso populista” que denuncia a la elite política anterior y al conjunto de los partidos políticos nacional-populares como “traidores” a los intereses populares, para presentar a los nuevos gobernantes como verdaderos representantes de esos intereses, y que exigen un amplio respaldo social para evitar que la oposición bloquee la acción del gobierno desde las instituciones democráticas (que se han burocratizado al extremo). Luego, el nuevo “discurso populista” (el “de derecha”) no sería más que una edición actualizada de lo que O’Donnell llamó “democracia delegativa”¹⁹: en nombre de los intereses populares, el gobernante reclama poderes excepcionales y trata de escapar al control de las “viejas” instituciones democráticas. Y si bien estas interpretaciones no lo abordan, sería perfectamente plausible pensar el ascenso de los gobiernos neoliberales, producto del apoyo de fracciones sociales populares.

Al alero de estas discusiones se configuran dos ideologismos que vale la pena revisar. Por un lado, el neoliberal que, en un intento maniqueo de apropiarse de la tradición liberal en su sentido económico y político, critica los “populismos neoliberales” por su escasa vocación democrática, en tanto que a los “populismos de izquierda” los acusa de implementar políticas económicas ineficientes y cancelar los derechos políticos de la ciudadanía. En tanto, el pensamiento crítico se divide entre aquellas posiciones esencialistas que reclaman que se debe diferenciar entre los socialismos del siglo XXI y los gobiernos reformistas, de los planteamientos que defienden que la izquierda históricamente existente es aquella que se proyectó en los gobiernos progresistas de la primera década del siglo XXI²⁰. Sin embargo, lo que ambas interpretaciones ignoran, precisamente para poder afirmar sus ideologismos, es que las fórmulas populistas se desarrollan en la medida que no se constituyen partidos políticos enraizados en fuerzas sociales de base clasista, pero en que también participan grupos empresariales nacionales.

Una clave para comprender la actual coyuntura política latinoamericana es, como señala Ruiz, advertir el carácter social de estos procesos de transformación institucional y las orientaciones que alcanzan los actuales modelos de desarrollo, con el fin de precisar la existencia de nuevas y antiguas fuerzas sociales que pugnan por incidir en la dirección del desarrollo nacional²¹. En esa dirección, propone tres variantes de transformación: la primera, en que el avance del neoliberalismo ortodoxo tuvo un desarrollo ininterrumpido y que alcanzó importantes grados de madurez en que las fuerzas subalternas quedaron desarticuladas (Chile como caso más avanzado, pero también le siguen Colombia, México y Perú), pudiendo propiciarse formas de dominio empresarial, tecnocrático o, bien, generarse condiciones de emergencia de liderazgos populistas que interpelen a las masas; la segunda, donde el neoliberalismo fue revertido a una modalidad próxima a la nacional-popular en clave populista, en la que las clases y grupos sociales organizados son nuevamente clientelizados

18 Paramio, L. (septiembre-octubre, 2006). Giro a la izquierda y regreso del populismo. *Nueva Sociedad*, (205), pp. 62-74.

19 O’Donnell, G. (1972). *Modernización y autoritarismo*. Buenos Aires: Paidós.

20 Sader, E. (2009). *El nuevo topo: los caminos de la izquierda latinoamericana*. Siglo XXI Editores.

21 Ruiz, C. (2013). *Estructura Social, Estado y Modelos de Desarrollo en América Latina Hoy. Elementos para una interpretación sociológica de la transformación reciente*. Santiago: Tesis para optar al grado de Doctor en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile.

por el Estado (Argentina, Bolivia y Venezuela), y en que participan con diversos grados de organicidad las fuerzas subalternas; la tercera variante descansa en un pacto, conocido como “liberal desarrollista”, y combina reformas típicamente neoliberales con formas de protección para clases y fracciones sociales que irrumpen durante el periodo industrial autoritario (Brasil y Uruguay) en que, de momento, predominan una participación de las fuerzas subalternas bajo fórmulas federativas o bien de frente amplio.

III. ¿QUÉ ESTÁ HACIENDO CRISIS EN AMÉRICA LATINA?

Como se pudo constatar, el concepto de populismo sigue siendo utilizado por el pensamiento social para explicar la realidad histórico-concreta en América Latina, pese a que no existe un acuerdo sobre su significado. No obstante aquello, en relación a la elaboración teórica del pensamiento social de los años sesenta del siglo XX, los actuales marcos interpretativos han tendido a perder capacidad explicativa general. En las últimas décadas, el término populismo ha sido utilizado, principalmente, para ocultar ciertos rasgos políticos o económicos de gobiernos neoliberales que paradójicamente resultaron autoritarios, de gobiernos progresistas que resultaron neoliberales, o bien de socialismos que terminaron únicamente implementando reformas redistributivas.

Lo anterior ha terminado dificultando la comprensión de la actual coyuntura latinoamericana. Salvo excepciones, se adolece de claves interpretativas que permitan una comprensión de los procesos sociales y políticos que han llevado al declive del peronismo y al triunfo de Macri en Argentina; a la debacle política del Partido de los Trabajadores y al juicio político de Rousseff en Brasil; a la derrota de Morales en el referéndum y al ascenso del conflicto social en Bolivia; a la aguda crisis política que enfrenta Maduro en Venezuela; o, a una crisis político-institucional de proporciones bajo el gobierno de Bachelet en Chile.

De todos modos, resulta sugerente recuperar críticamente ciertos modos de observar la realidad, que pueden contribuir a una lectura más acabada de la actual coyuntura política.

En primer lugar, la capacidad del Estado y de la política en general para explicar la constitución de sujetos populares, sigue siendo un rasgo distintivo de la sociedad latinoamericana, al mismo tiempo que se sigue observando una debilidad en la constitución de las clases propiamente tales. Sin embargo, un elemento que dificulta la teorización de la actual situación latinoamericana es una comprensión más acabada del debilitamiento de la política (como fenómeno global) y de la acción colectiva en general, o bien, como se ha señalado, del agotamiento de los proyectos nacional-populares. Sin esos elementos, resulta complejo utilizar el concepto de populismo, ya que en ambas formulaciones clásicas se suponía un proyecto histórico de sociedad, independiente que este pudiera variar históricamente.

En segundo lugar, la histórica tensión entre la democracia social y la democracia política, sigue siendo un problema que permite entender la lógica de constitución de sujetos populares. En efecto, en las últimas décadas, los modos de integración subordinada de los individuos a la sociedad siguen estando dados por la ampliación de derechos sociales; así como sus condiciones de desarticulación, por la cancelación de éstos. De hecho, en esa clave se interpretaron como populistas los gobiernos progresistas: como un esfuerzo de ampliación de la democracia social y, en menor grado, de la democracia política. Pero esta elaboración es tensionada en la actualidad por otras demandas de integración cultural, identitarias e incluso socio ambientales, que obligarían a reconceptualizar el problema de la democracia y la construcción de ciudadanía. Elementos que, por lo general, estuvieron ausentes en las experiencias populistas.

En tercer lugar, el análisis de la constitución de alianzas entre distintas fracciones sociales nacionales sigue siendo central para entender el auge, desarrollo y crisis de los gobiernos

progresistas (de todos modos, habría que ahondar todavía para delimitar si son o no populistas y/o nacional-populares) que se proyectaron en la primera década del siglo XXI. Sin embargo, uno de los problemas para entender la formación de alianzas es que hoy los sujetos que se organizan y se movilizan no necesariamente provienen del ámbito de la producción.

Todo parece indicar que, pese a las agudas transformaciones acaecidas en América Latina en las últimas décadas, las claves de lo estatal, de lo nacional y de lo popular, siguen siendo relevantes para entender ciertos dilemas de constitución, pero también de desarticulación, de sujetos populares. De hecho, se discute poco sobre la constitución de sujetos no-populares, como el empresariado o las nuevas capas medias, en la base de reconstitución y desarticulación de los “nuevos populismos” en los noventa y en la primera década del siglo XXI. En suma, el problema de entender el populismo no sólo radica en aceptar que América Latina no es una anomalía histórica en términos sociales, económicos, políticos o culturales, y que, por lo tanto, pueden ser también comprendidos racionalmente sus derroteros como modernidades; sino también, implica incorporar teóricamente otras dimensiones de la realidad que permitan ajustar de forma más clara un concepto que dé cuenta de las transformaciones del periodo reciente.

Entonces, reducir los dilemas por los que atraviesa América Latina a la “impronta populista” de sus gobiernos (que mediante un análisis más complejo algunos podrían ser categorizados como populistas) o bien a una conspiración del imperialismo, nubla la mirada e ignora la complejidad que comportan los procesos sociales y políticos en curso. Pero, más complejo todavía, desarma al pensamiento crítico como herramienta que acompañe los procesos de transformación de las fuerzas subalternas. En este caso histórico concreto, impide comprender por qué los gobiernos progresistas y la izquierda latinoamericana han resultado incapaces de erigirse como alternativa al neoliberalismo.

En definitiva, tras los debates sobre el populismo emerge una de las principales especificidades de la situación latinoamericana: el desarrollo de la democracia ha dependido principalmente de que se amplíe la ciudadanía social a partir de una acción estatal que garantice la extensión de los derechos como forma de integración. Luego, la valoración de la democracia social pareciera seguir siendo más apreciada que una tradición democrática liberal que parece tener poco arraigo popular (en buena medida, en eso consiste la frustración de los intelectuales liberales). Ahora bien, en la medida que eso no puede asegurarse, producto de situaciones históricas de dependencia económica, la política pierde capacidad para organizar y darle sentido a la vida colectiva más allá de lo que avanzó la utopía neoliberal. En definitiva, más que una crisis del populismo o del neopopulismo, la actual crisis política en América Latina puede entenderse, en buena medida, como la crisis de los progresismos y de la izquierda latinoamericana, como alternativas históricas al neoliberalismo. Entonces, es a esas crisis a las que el pensamiento crítico debiera ponerle atención, como forma de extraer aprendizajes que nutran a las fuerzas sociales y políticas que todavía bregan por una transformación anticapitalista. ▼

Suscríbete a los

CUADERNOS

DE

COYUNTURA



NODO XXI

FUNDACIÓN NODO VEINTIUNO

Recibe en tu domicilio un ejemplar impreso de nuestra publicación bimestral y ayúdanos a seguir generando conocimiento al servicio de la democratización política, social y económica del país.

*Suscripción anual:
desde \$50.000*.
Suscripción mensual:
desde \$5.000*.*

Para concretar tu suscripción

esríbenos a:

suscripciones@nodoxxi.cl

** Los valores indicados son el aporte mínimo sugerido. Se aceptan aportes superiores mensuales o anuales según la capacidad económica de cada suscriptor.*

**¿QUÉ DATOS NECESITAS
PARA HACER TU DEPÓSITO?**



Fundación Nodo XXI - RUT:
65.065.819-1

Cuenta Corriente N°
Banco de Chile: 008000240709

Correo de confirmación:
suscripciones@nodoxxi.cl

**¿A QUÉ DESTINAMOS
LAS DONACIONES?**

- ▼ A la elaboración y difusión de material de estudio sobre problemáticas políticas, sociales, económicas y culturales, con una perspectiva de derechos y un enfoque que destaca por su originalidad y compromiso con el cambio social.
- ▼ A la organización de actividades de formación de masas críticas a través del debate, la deliberación y construcción de miradas colectivas, especialmente en conjunto con organizaciones y movimientos sociales de relevancia nacional.
- ▼ A la elaboración y socialización de propuestas y opiniones relevantes para la apropiación crítica de nuestra realidad, a través de material para medios de comunicación, redes sociales, columnas de opinión y campañas.